CONSTANCIA



Obra de teatro donde el tiempo marca el desarrollo del drama, pero donde el orden cronológico a su vez se desvirtúa para mostrarnos la dimensión de la tragedia en relación a los acontecimientos.

Existen tres estancias bien definidas que marcan los espacios de desarrollo de los personajes: la alcoba de los abuelos, la alcoba de Constancia y el salón o lugar de estar. Además, debe existir un espacio de interpretación para la fantasía y el realismo mágico.

La obra se desarrolla en dos temporalidades bien marcadas, al margen de lo mágico que entraría en lo imaginario y atemporal. De las dos temporalidades una es la muerte de la abuela en el principio y que guarda relación con una temporalidad que aparece en cada momento que se produce el realismo mágico, lo imaginario pasa en un tiempo real en que alguno de los personajes imagina, y eso tiene relación con la temporalidad de la muerte de la abuela, siempre que aparezca lo imaginario aparecerá claramente la abuela muerta en su lecho. De esta forma cerraremos esa temporalidad con la muerte posterior del abuelo, doce horas después de la muerte de la abuela. La otra temporalidad seria la de cualquier día durante esas doce horas de la rutinaria vida de los abuelos y la hija, alterados por unos acontecimientos especiales que son en si la trama de la obra.

**PERSONAJES VIVOS:**

JOSEFA: Madre

CONSTANCIA: Hija

EZEQUIEL: Padre

SIFONERO

MARUJA: Vecina

FERNANDA: Amiga

DEMETRIA: Conocida

SEPULTURERO

**PERSONAJES DESAPARECIDOS:**

ASCENSIÓN: Hija

NICOLÁS: Hijo

EMILIANO: Marido de Constancia

**ACTO PRIMERO**

*Los abuelos duermen en la misma estancia, pero en camas separadas.*

*Un reloj de pared da las 7 campanadas. La abuela está tumbada en su cama, exhala el último suspiro de su vida y se marcha casi sin hacer ruido. En la habitación contigua, en ese preciso instante, Constancia se despierta sobresaltada intuyendo el acontecimiento que acaba de suceder, se sienta en su cama petrificada y cuando se recompone acude con urgencia a la habitación de sus padres, cuando entra comprueba que su intuición era cierta.*

CONSTANCIA: ¡Madre!, la he visto marchar en mi sueño, caminaba despacio, pero sin dolores, con agilidad, paseando. Se alejaba, yo la veía, pero mientras la veía marchar sentí un beso tierno en la mejilla que me despertó de pronto y me enfrentó a la realidad.

C*ierra los ojos a su Madre y sin pensarlo demasiado, como algo que tuviera predispuesto, saca dos cirios y prepara un velatorio improvisado. El padre despierta.*

EZEQUIEL: Chica sácame de aquí que tengo muchas cosas que hacer. – *Gritando* - Constancia, sácame de aquí... ¡Me cago en la ostia puta! Que se me va a echar el día encima.

CONSTANCIA: *Saliendo de su estado. –* Voy Padre.

EZEQUIEL: *Ordenando* - Despierta a los chicos y que vayan preparando los animales.

CONSTANCIA: *Como para sus adentros –* Un muerto siempre puede esperar.

*Levanta al abuelo y le ayuda a vestirse.*

EZEQUIEL: No hagas mucho ruido, no despertemos a tu madre.

CONSTANCIA: Ni sus voces podrían despertar a Madre ya.

EZEQUIEL: A ella la gusta dormir siempre un poquito más, – *se acerca a duras penas a posarla un beso en la frente, –* ¡está helada! ves cielo, por qué me tapo yo la cabeza - *le tapa la cabeza,* – descansa que te lo tienes bien merecido. *– Olvidándose de nuevo del silencio y mientras Constancia continúa vistiéndolo, grita de nuevo –* Nicolás, prepara el carro y los aperos.

CONSTANCIA: Pero Padre, qué manía…. dónde estará Nicolás y las mulas, no entierra usted a nadie…. ¿Ahora qué pasará? ¿Tampoco enterrará usted a Madre? Parece que todos vivieran para usted y solo fueran a morir con usted.

EZEQUIEL: Maruja cariño, tú duerme un poquito más, bien ganado te lo tienes.

*Constancia acaba de vestir al abuelo en un silencio que pesa, y tras acabar, le acompaña hasta el salón para sentarle en la mesa camilla de siempre. El abuelo se mueve con mucha dificultad, arrastrando una pierna, una parálisis le dejó así hace años.*

EZEQUIEL: Ya te has dejado la luz del patio encendida otra vez.

CONSTANCIA: Padre, es la luz del día ¿es que no lo ve?.

*Al entrar en el salón se escucha una radio de fondo, el sonido de la radio, además del reloj, ligará al público con la escena que sucede en el orden cronológico natural del día en que acontece todo.*

*Constancia deja al abuelo en el lugar de siempre y le cubre con las faldas de la mesa camilla, el reloj da ocho campanadas. Desaparecen los cirios del velatorio de la abuela, se apagan y quedan como si no existieran y la habitación vuelve a la luz normal de cualquier día.*

EZEQUIEL: Yo no me muero porque no me da la gana.

CONSTANCIA: ¡Vaya, padre! Le ha venido toda la cordura de pronto.

EZEQUIEL: Yo me moriré cuando se muera tu madre, me iré con ella.

CONSTANCIA: Usted se morirá cuando se tenga que morir, ande cállese.

EZEQUIEL: *Gritando de nuevo* – Nicolás…. ¿has *ordeñao* las vacas?

*Constancia le acomoda y continúa con sus quehaceres como quien está acostumbrada a escuchar los gritos.*

*La radio sigue sonando, emitiendo noticias de la época. Constancia se dirige de nuevo a la habitación de los abuelos y se acerca a levantar a su madre, con la misma rutina la ayuda a vestirse.*

CONSTANCIA: Buenos días, Madre.

JOSEFA: Buenos días hija.

CONSTANCIA: ¿La ha despertado Padre?

JOSEFA: Como siempre.

CONSTANCIA: Pues disimula usted muy bien.

JOSEFA: Pues para no entorpecerte hija, ya sabes lo tonto que se pone. ¿Cómo está hoy?

CONSTANCIA: Pues más cuerdo que nunca, dice que él no se muere porque no le da la gana.

JOSEFA: Él se va a morir, aunque tenga que llevármele conmigo, éste no se queda aquí para amargarte a ti la vida, bastante te la hemos amargado los dos.

CONSTANCIA: Pues eso dice él.

JOSEFA: ¿Qué dice?

CONSTANCIA: Que él se morirá cuando se muera usted.

JOSEFA: Pues entonces ya está… no se hable más.

*Con la misma rutina, Josefa acompaña a su madre por el pasillo.*

JOSEFA: ¿Oíste los perros anoche?

CONSTANCIA: Sí, no pararon de aullar.

JOSEFA: Barruntan muerto.

CONSTANCIA: No diga usted tonterías, Madre....

JOSEFA: Tú sabes que no son tonterías, este pueblo está lleno de garrotas y canas y los perros se pasan la noche aullando la pena de los muertos del día siguiente. Cuando tu Padre y yo nos hayamos ido, vete lejos de aquí, donde no existan los cementerios y quítate esa ropa de lutos.

CONSTANCIA: Cuando Padre y usted se hayan ido, a mí solo me quedará marcharme también…. ¿Qué sentido tendrá para mí la vida? Ahora ésta es la razón de estar, sin ustedes ya no tengo razón alguna.

JOSEFA: Se te fue pronto tu hombre…, no hubo tiempo ni a darte un hijo, esa hubiera sido la razón.

CONSTANCIA: Ea, pero esa razón no existe.

*Entran en el salón y Ezequiel está inquieto. Constancia acopla y acomoda a su madre en el sillón de mesa camilla junto al abuelo.*

EZEQUIEL: Dile a Nicolás que deje a las mulas y que no se ponga detrás, que La Virtuosa es un demonio….

JOSEFA: ¡Cállate ya!

EZEQUIEL: Díselo, que no se ponga detrás, díselo…, venga díselo.

CONSTANCIA: Que si Padre, que ya se lo digo.

EZEQUIEL: Díselo ya…, no dejes que….

CONSTANCIA: *Complaciendo a su padre dice en voz alta como hacia afuera: –* Nicolás, deja a las mulas y ten cuidado con no ponerte detrás de La Virtuosa. Ya está, Padre, ya está, relájese.

*Les acomoda y se dispone a prepararles el desayuno.*

*En la zona principal adecuada a las escenificaciones para lo mágico y atemporal, aparece sentada en un butacón de mimbre Ascensión. Deja de sonar la radio que sonaba de fondo y los abuelos desaparecen, quedando visibles en la escena solo Constancia y Ascensión.*

*Constancia continúa con la tarea de preparar los desayunos, como si fuera natural y cotidiana esa aparición.*

*En la habitación de los abuelos se ilumina y se puede ver el velatorio de la abuela muerta.*

ASCENSIÓN: Hola Constancia.

CONSTANCIA: *Sin volverse, como acostumbrada* - ¿Qué te trae hoy por aquí Ascensión?

ASCENSIÓN: Pensé que necesitarías hablar con alguien.

CONSTANCIA: Madre ha muerto.

ASCENSIÓN: Ya lo sé, por eso estoy aquí.

CONSTANCIA: No te creas que la pilló por sorpresa, ya sabes cómo es Madre, lo dejó todo preparado, yo pensé que eran tonterías suyas, ya ves, toda la vida prediciendo las muertes de todos, y yo pensando todavía que eran tonterías suyas. - *Se queda un rato recomponiéndose*. - Se despidió anoche de Padre y de mí, y se metió en la cama a dormir el sueño eterno. Padre todavía no sabe nada, ni creo que sea necesario decírselo, es incapaz de echar de menos a nadie. - *Se derrumba -* Estoy cansada, Ascensión, estoy cansada de tantos lutos podridos, a veces pienso que la suerte fue la vuestra, que os marchasteis sin tener que soportar tanta muerte.

ASCENSIÓN: Nadie mejor que tú, nadie tan para los demás como tú.

CONSTANCIA: Pues ya estoy cansada…, y no sé si voy a soportar…, no sé si voy a sobrevivir a Padre. - *Ascensión le consuela -* Son muchas muertes a mis espaldas, Ascensión, no existe persona que pueda cargar con tanta muerte.

ASCENSIÓN: Pero esta, es de todas, la más natural.

CONSTANCIA: Eso es cierto…, tan natural como era ella, ¿la recuerdas? Con esa seguridad que la acompañaba, que sacaba de sus casillas a todos sin perder un ápice de su eterna serenidad.

ASCENSIÓN: Cuántos pantalones no habrá vuelto calzones sin tan siquiera levantar la voz.

CONSTANCIA: Me dijo anoche, en su Adiós, que me despidiera de todos, ella bien sabía el trajín que me traigo con unos y con otros, <<loca te vas a volver de hablar con los muertos>>, me decía<<hablo con quién me da conversación >> la decía yo<<la conversación te la das tú sola, tú te dices y tú te respondes, como las que hablan con su perro, hablan con ellas mismas porque no tienen con quien hablar >>

ASCENSIÓN: Ella no creía en nada que estuviera más allá del momento que estaba viviendo, eso es lo que la hacía tan fuerte, siempre para adelante, como decía, para atrás solo para tomar impulso.

CONSTANCIA: Porque ella era de este mundo, no como yo.

ASCENSIÓN: ¿Y tú de que mundo eres?

CONSTANCIA: Del de los muertos.

ASCENSIÓN Para ser del mundo de los muertos hay que pasar por el de los vivos.

CONSTANCIA: Por eso estoy aquí.

ASCENSIÓN: Pues yo soy del mundo de los vivos y estoy en el de los muertos, nos confundieron.

CONSTANCIA: U*n silencio muy incómodo se apodera de las dos. –* Ascensión.

ASCENSIÓN: Calla, por favor… sabes que no puedo.

CONSTANCIA: Pero qué es esto, Ascensión…. ¿que haces aquí todavía con esa carga? ¿qué te mantiene atada a esta casa, a este mundo?

ASCENSIÓN: No estoy atada a nada, no estoy atada a nada, a nada, lo entiendes…, ya quisiera haber sido tú, si tú…, aunque os hubiera tenido que ver morir a todos, uno tras de otro, muertos todos, cuando Dios quisiera, cuando le diera la gana, pero seguir viva y respirar, respirar con mi hija, disfrutar del aire que alimentara a mi hija…, ¿lo entiendes?

CONSTANCIA: Ascensión, debes marchar y descansar…, no tienes nada que envidiar, nada. Este aire está podrido, sí, podrido, se quedó podrido el día que te ahogaste en el charco de tu propia sangre, junto al cadáver de tu hija….

ASCENSIÓN: ¡Calla!

CONSTANCIA: ¿Qué Dios? Ascensión, ¿qué Dios permite semejante injusticia?

ASCENSIÓN: ¡Calla por favor!

CONSTANCIA: No me callo, no, no me callo, me duele el alma de callarme. Se pudrió el aire ese día de otoño, para siempre, que tuve que quemar las sábanas de tu desgracia, se corrompió más todavía cuando me dieron la noticia de Emiliano, ¿qué había hecho ese bendito? Ascensión ¿que había hecho? Para que le empujaran a una guerra que no le correspondía. Se puso putrefacto del todo el aire el día que aquella mula reventó la cabeza a Nicolás. ¿Qué aire quieres respirar? Ascensión ¿qué aire?... Por eso me ha costado soportar a Madre, la envidiaba por ser capaz de comerse todas las miserias sin que la alteraran su ánimo. Aquí seguían viniendo a que las alegrara la vida, algunas y algunos de los que cargaban por pena una única muerte.

ASCENSIÓN: ¿Por qué no nos enseñó cómo se hacía, por qué tuvimos que aprender todo de Padre?

CONSTANCIA: Porque cargamos su sangre, la que se regocija en el dolor, la que revive las penas cuando se alejan del corazón, porque menos Nicolás, todos éramos como Padre.

ASCENSIÓN: No tengo consuelo para ti, porque ni para mí lo tengo, cuando te vayas vete del todo, no hagas lo que yo.

CONSTANCIA: Esa será mi única recompensa, cuando yo me vaya, no quedará aquí nadie que me sujete.

*Se da la vuelta y acaba el desayuno, desaparece Ascensión y la escena vuelve con los abuelos, la radio vuelve a sonar de fondo y Constancia les sirve el desayuno. El reloj dará las nueve campanadas.*

EZEQUIEL: Tengo las piernas *helás.*

JOSEFA: Pues te aguantas.

CONSTANCIA: ¡Uy! Lleva usted razón Padre, el brasero, voy por él.

JOSEFA: Te has vuelto un señorito, es que no te puedes aguantar, tiene poco la pobre con los dos para que encima estés tú con exigencias.

EZEQUIEL: No me voy a morir porque no me da la gana.

JOSEFA: Eso es lo que tenemos que hacer: morirnos.

EZEQUIEL: En esta guerra se morirán otros, porque yo no quiero morirme, yo los vi morirse, los vi. Primero el fogonazo de los fusiles, luego el estruendo, y luego un silencio, el silencio de los muertos, porque los muertos están callados, lo sé, yo lo vi y no escuche nada, solo escuché un lamento de uno que tampoco quería morirse y el estruendo de la pistola del teniente, y luego el silencio.

*Constancia entra con un brasero de Cisco que meterá bajo las faldas de la mesa camilla.*

CONSTANCIA: Ya está usted con sus historias de muertos.

JOSEFA: Ya ves hija, tan vivo para rememorar tantos muertos.

*Suena el llamador de la puerta, Constancia abre.*

CONSTANCIA: Buenos días Sifonero, como has madrugado hoy.

SIFONERO: *Pasa hasta la cocina con plena confianza para reponer los sifones y el vino* - Pero no sabes que los martes me toca ir a por género y o empiezo pronto, o no me alcanza el día. – *a los abuelos -*Buenos días pareja.

JOSEFA: Hola hijo.

EZEQUIEL: El tiro, se le dio en la nuca, para que no siguiera gimiendo, como había caído de cara contra el suelo….

SIFONERO: Es usted la alegría de la huerta, abuelo, raro es el día que no le pillo cargándose a alguien.

JOSEFA: Si, este es su sino, hijo – *a su marido -* te quieres callar mequetrefe.

CONSTANCIA: ¿Cómo sigue tu padre?

SIFONERO: Muy mal, Constancia, muy mal.

CONSTANCIA: Vaya, cuanto lo siento.

SIFONERO: Esto ya no tiene…, solución…, esto ya, es esperar, puede ser hoy o mañana o dentro de un mes, pero nos han dicho los médicos que ya…, que ya nada.

CONSTANCIA: Estamos *apañaos*.

SIFONERO: ¡Anda! Y qué le vamos a hacer, esto es ley de vida, mujer. Tú no te puedes quejar, que los tienes bien lozanos.

CONSTANCIA: Si, pero cualquier día se van.

SIFONERO: Toma, a ver, si quieres se van a quedar aquí *pa* siempre. Lo malo es que se vaya tu madre y se quede tu padre, que se vaya primero el viejo, que es el que te trae loca, que la vieja tiene la cabeza mejor que nosotros dos juntos.

CONSTANCIA: Mi madre dice que si se va ella se lleva a mi padre.

SIFONERO: No sabe *na* la abuela, bueno me voy, que, si no, no me cunde.

CONSTANCIA: Que tengas buen día.

SIFONERO: Lo mismo te digo princesita negra, que si no fuera por tus lutos….

CONSTANCIA: ¡Anda! Que eres más tonto, mira que llamarme princesita negra.

*Entra ruborizada a sus quehaceres.*

JOSEFA: Es un buen chico.

CONSTANCIA: No empiece madre.

JOSEFA: Como no voy a empezar, ¿es que no ves que cada vez que viene te dice un piropo?

CONSTANCIA: Pues lo mismo que hará con las demás.

JOSEFA: Cómo va hacer lo mismo con las demás, si no ve más que viejas.

CONSTANCIA: Pues lo hará Madre, porque es un cumplido y a las viejas también les gustan los cumplidos.

JOSEFA: Si, estamos las viejas para cumplidos.

CONSTANCIA: Pues yo tampoco estoy para cumplidos.

JOSEFA: Porque estás vieja.

CONSTANCIA: Pues estaré vieja…. A veces, madre, prefiero a Padre con sus tontunas.

JOSEFA: Claro, tú prefieres todo lo que te ignore, no soportas nada que te ponga frente a ti.

CONSTANCIA: Bueno, me voy a por el pan, que no tengo ganas de discutir.

JOSEFA: Perdona hija, yo no quiero hacerte mal con mis cosas, yo solo quiero dejarte el resto de tu vida con alguien que te quiera, que te dé hijos, que te haga sentir mujer.

CONSTANCIA: Pero Madre, ¿no ve la edad que tengo…?

JOSEFA: Todavía puedes tenerlos.

CONSTANCIA: Tener hijos no solo es poder, es querer, y yo no quiero. Mis hijos tenían que haber sido con mi marido, y no fueron.

JOSEFA: Tus hijos tienen que ser tus hijos, de tu vientre, da igual del calzón que procedan, a los hijos se los quiere igual vengan de donde vengan – *Constancia sale con el cesto de la compra sin querer atender a su madre –* Un hijo es lo que te hace falta para encontrarte de nuevo con la vida, Constancia.

*Sabiendo que la hija ya no la oye se dirige a su marido.*

JOSEFA: Pobre hija, Ezequiel, pobre hija…, yo me voy y ella se queda aquí, tan sola.

*El reloj dará las 10 campanadas.*

EZEQUIEL: *Refunfuñando -* Tengo que echar de comer a los animales, regar las alcachofas, ordeñar las vacas, ir a por la alfalfa, arreglar la puerta de la cuadra y mil cosas más, y *tó* me toca a mí, les digo a los chicos que me ayuden y que si quieres arroz Catalina. A ti te da lo mismo, como son tus hijos, lo mismo te da.

JOSEFA: Pero Ezequiel, si no te queda ni un solo hijo vivo...

EZEQUIEL: *Continúa con su tema –* Claro, como se lo han *encontrao tó* hecho, si hubieran *pasaó* lo que yo, que *habió* veces que lo único que me he *llevaó* a la boca es una cáscara de naranja, otro gallo les hubiera *cantaó*. Me cago en la ostia puta.

JOSEFA: Bendito sea el poder de Dios, Ezequiel. Si la única que te queda viva es Constancia, y a esa pobre, para vivir la vida que la ha tocado vivir, mejor que ni hubiera nacido. Espero que el señor entienda que has perdido la cabeza, porque cada vez que abres la boca… *- Cogiéndole de un brazo para que preste atención -* Tenemos que marcharnos y dejar que Constancia disfrute al menos de los años que la queden, ¿me oyes Ezequiel?

EZEQUIEL: No me repliques, que parece que te gusta llevarme la contraria….

JOSEFA: Siempre ha habido fuerza de hombre bajo la pana de tu pantalón, y válgame Dios que eso ha hecho casi imposible la convivencia contigo, pero también nos ha ayudado a mantenernos firmes, y cuando la mayoría tuvo que arrastrase, tú seguías erguido y con la barbilla alta. No me arrepiento en absoluto de haber compartido contigo este calvario. Marchémonos, juntos, lo que venga no puede ser peor que lo vivido.

EZEQUIEL: *Enfadado* - ¡Que no me entretengas, que tengo muchas cosas que hacer!

JOSEFA: *Pensativa y ajena a su marido –* Me da miedo Ezequiel, me da miedo, siento que no va a saber reconducir, por eso estoy aquí y por eso te mantengo a ti aquí, si supiera que es capaz de reconducir su vida ya nos habríamos ido, porque el día que me vaya, tú te vienes conmigo, ¿me oyes? ¿me oyes? Si, sé que me oyes, estás dentro, yo sé que estás dentro.

EZEQUIEL: Que no hubiera echado a su marido…

JOSEFA: ¡Por Dios Ezequiel!

EZEQUIEL: También me hacía mucha falta y era un buen hombre.

JOSEFA: No, no puede ser que te venga la lucidez para hacerla daño. Para ella murió y mejor muerto en su memoria que vivo.

EZEQUIEL: Él no murió, a él tampoco le dio la gana, era valiente.

JOSEFA: Ezequiel, se te metió el demonio dentro para sacarte esa lucidez.

EZEQUIEL: *Poniéndose muy nervioso y alterado -* Emiliano, ¿a que no estás muerto?

JOSEFA: Calla, por tus muertos, cállate, que no venga Constancia y te oiga.

EZEQUIEL: Ven Emiliano, ven que tenemos que ir al secano….

JOSEFA: Ezequiel por Dios… ¡mira Nicolás!...

EZEQUIEL: Que tenemos que sembrar los melones, con lo que a ti te gustan.

JOSEFA: Que te ayuda Nicolás, Ezequiel, que es Nicolás el que te ayuda.

*Ezequiel se ha levantado como buenamente ha podido y quiere salir al patio, Josefa quiere cambiarle la historia o al menos el nombre, en ese momento suena la puerta de la calle, regresa Constancia.*

EZEQUIEL: Este año tenemos una buena simiente.

JOSEFA: Que si, Nicolás, que la simiente es muy buena, a que hablas con Nicolás, mi amor – *la palabra le deja turbado y en silencio, cuando entra Constancia.*

CONSTANCIA: Pero ¿qué pasa?

JOSEFA: Nada, ¿verdad, mi amor?, solo que se acuerda de Nicolás, ¿verdad?

EZEQUIEL: Se lo dije, que no se pusiera detrás de la Virtuosa, esa mula tenía muy mala leche, tenía muy mala sangre.

JOSEFA: Si, cariño, era Satanás.

EZEQUIEL: Nunca tuvimos mula alguna tan capaz.

JOSEFA: Pero le mató.

EZEQUIEL: Y yo la maté, la saqué las entrañas.

JOSEFA: Pero ya era tarde.

EZEQUIEL: Nicolás era muy tierno…, no era como yo.

JOSEFA: Nicolás era el único que heredó mi sangre. Siéntate cielo, siéntate.

*Los abuelos se sientan y desaparece la luz sobre ellos, se ilumina el espacio de la fantasía, donde había quedado Constancia confundida y entristecida, en ese espacio al iluminarse aparece Nicolás.*

*También se ilumina el velatorio de la abuela.*

NICOLÁS: Siempre que cualquiera de nuestra familia fallece, el día se alegra y luce un sol de mil demonios... La vida no estuvo nunca de nuestro lado.

CONSTANCIA: La vida solo está del lado de los vivos, maldita sea lo que me importa, solo deseo que cuanto antes venga la muerte a recoger a Padre, que después yo sabré qué hacer.

NICOLÁS: Desde mi muerte lloraré tu muerte, como lloré de una manera desconsolada el día que Ascensión se ahogó en el charco de su propia sangre, junto al cadáver de su bebé, que nunca pudo ver la luz de la vida, de la puñetera vida; a veces pienso que mejor que mejor, de haber vivido hubiera arrastrado nuestra sangre maldita.

CONSTANCIA: Como yo lloré la tuya. Mientras agonizabas tendido en el suelo, pude comprobar cómo Padre envejeció en un momento; blasfemando a voces, mientras arrancaba las entrañas a la mula, en su impotencia de no poderse enfrentar al Dios que nunca encontró - me cago en la puta estampa de Dios cabrón - decía, sus voces recorrieron el pueblo y atrajo hasta aquí a todos. Padre, rebozado con tu propia sangre, se abalanzó sobre un Guardia Civil que se le ocurrió reprocharle su actitud, tuvieron que sujetarlo entre todo el pueblo hasta que se tranquilizó.

NICOLÁS: Padre siempre llega tarde.

CONSTANCIA: Se murió contigo.

NICOLÁS: No, fui yo el que morí, yo no tenía que estar allí, yo no quería ni campo ni animales.

CONSTANCIA: Si, es verdad, tú estabas destinado a otra vida, pero naciste en el lugar equivocado.

NICOLÁS: El lugar era bueno, lo equivocado fuel el tiempo, la sangre era buena y las raíces también.

CONSTANCIA: El tiempo fue malo para todos, quién sabe si en otros tiempos. Ahora veo a jóvenes que se sacuden las vergüenzas y les da igual lo que digan. En la tienda las hienas les arrancan el pellejo, pero a mí me parece bien, ojalá hubiéramos podido hacer nosotros lo mismo.

NICOLÁS: Tu todavía estás a tiempo, Constancia.

CONSTANCIA: Bien sabes tú que no. Una es lo que es y no puede ser otra cosa, tendría que volver a nacer y nacer en el tiempo y el lugar adecuado.

NICOLÁS: Pues eso no va a ser.

CONSTANCIA: Ya lo sé.

NICOLÁS: Cuando se vaya Padre, que se va a ir pronto, vete de aquí, te ha quedado dinero suficiente para empezar la vida en otro sitio, donde nadie te conozca. Todavía estás joven y si te quitas los lutos estarás guapa.

CONSTANCIA: Dinero, dinero, eso es solo para los que saben qué hacer con ello. Yo no sabría qué hacer fuera de aquí, ni tan siquiera sé por dónde se sale de este pueblo, este es mi mundo y se me hace inmenso, como para buscar otro más grande. No insistáis, yo ya me he muerto hace años, como tú, y como Ascensión, y como mi Emiliano, cuánto lo echo de menos, es al único que siento como si estuviera vivo, dentro de mi… y ahora también como Madre, ya solo Padre y después ya está.

NICOLÁS: Y los gemelos, ¿qué pasa con los gemelos?

CONSTANCIA: Los gemelos que me disculpen, están también dentro de mí, pero se fueron demasiado pronto como para recordarlos, ya ni les pongo cara… ya nadie en este mundo para recordarlos, esta es la injusticia, siempre llega un momento en que nadie te recuerda y entonces desapareces para siempre, tú has tenido la suerte de que estuviera yo, pero ¿quién se quedará para recordarme a mí?, ¿eh?

NICOLÁS: Te atormentas tanto Constancia.

CONSTANCIA: Me atormentáis con vuestro empeño de los vivos. Padre dice que él no se muere por que no le da la gana, y yo digo que yo me morí porque me dio la gana… Adiós Nicolás, no me tengas en cuenta todo esto que hoy te digo, estoy con las entrañas revueltas y se me escapa el veneno. Acabo de escupir con mis palabras a las arpías de la tienda, no me han dicho nada que no me digan otros días, pero hoy no me he podido aguantar.

NICOLÁS: Mira en tu corazón Constancia.

CONSTANCIA: A los muertos no nos late, y si no late, no hay nada que buscar. Adiós Nicolás, tengo cosas que hacer.

*Ambos dos salen de la escena por ambos lados y aparece de nuevo la iluminación en los abuelos y desaparece la luz del velatorio, el reloj dará las once campanadas.*

*Los abuelos están con la vista perdida en una monotonía, casi dormitando, suena la radio de fondo, de pronto se escucha jaleo y alboroto de voces en la calle.*

JOSEFA: ¿Qué pasa hija, ¿qué es ese alboroto?

CONSTANCIA: *Desde fuera –* No sé Madre, voy a ver.

EZEQUIEL: Ya los han fusilado, dile a la chica que no salga.

JOSEFA: *Poniendo atención fuera - ¡*Cállate Ezequiel…!

EZEQUIEL: Cuando los vi saltarse la pared del hospital, supe que no tenían buenas intenciones.

JOSEFA: A lo mejor fue porque les vistes con los fusiles colgando. Anda, déjate de historias y cállate.

EZEQUIEL: Tú no estabas, pero yo sí, sacaron a cuatro frailes y un cura, y los subían encañonados por esta calle, yo no me escondí y les pregunté que habían hecho. Me mandaron callar con sus fusiles y me dijeron que metiera dentro.

JOSEFA: Y es lo mejor que pudiste hacer, mira lo que vino después, hemos sobrevivido a duras penas y a todos esos pobrecillos, ni se les hizo, ni se les hará justica jamás.

EZEQUIEL: Por culpa de esos animales perdimos la guerra.

JOSEFA: La guerra no tuvo que empezar nunca, al fin y al cabo, siempre la perdemos los mismos.

*Se escucha a Constancia que habla con alguien que ha entrado a la casa, el jaleo sigue de fondo en la calle.*

CONSTANCIA: ¿Qué pasa?

LA VECINA: Argimiro, que va a la cueva de Los Jardines, que han venido los amigos a decirle que su hijo se ha perdido en el laberinto y que no le encuentran.

CONSTANCIA: Pero, ¿qué barbaridad es esa?

LA VECINA: Parece ser que habían entrado incitados por la historia del fantasma.

CONSTANCIA: Jesús, estos chiquillos qué locura. Pasa, que cerramos.

LA VECINA: Buenas tardes doña Josefa.

JOSEFA: ¿Pero hija, ¿qué ha pasado?

LA VECINA: El hijo del Argimiro, que se ha perdido en el laberinto.

CONSTANCIA: *Mirando por la ventana* ¿Y dónde va toda esa tropa?

LA VECINA: Pues los hombres que se han organizado para ir a buscarle, dicen que entre que llegue el aguacil con el caballo a avisar a la guardia civil, el chico se ha muerto.

CONSTANCIA: ¿Pero tienen que ir a buscarle con las hoces y los palos?

LA VECINA: Y hasta con escopeta de caza he visto yo a alguno.

CONSTANCIA: ¡Cielo santo!

JOSEFA: Les encanta jugar a la guerra, son como niños, solo que a veces se les va de las manos.

LA VECINA: Como dicen que no saben qué se van a encontrar.

JOSEFA: Y qué se van a encontrar, ¿un fantasma? Te digo yo que en este pueblo…

LA VECINA: Yo que sé… tenga en cuenta doña Josefa que ese laberinto ya se ha tragado a unos cuantos.

JOSEFA: Pero, ¿cómo podéis ser tan ingenuas?

CONSTANCIA: Madre, ¿usted sigue sin creer la desaparición del *Ahogado*?

JOSEFA: Pues claro que creo en su desaparición, de por sí ya no le hemos vuelto a ver, no cabe duda que ha desaparecido, pero no en las cuevas…

LA VECINA: Pues allí le vieron entrar y no le vieron salir.

JOSEFA: ¿Pero entró por su propia voluntad? ¿Entró solo?, a mí no me van a engañar. Todos cargamos con algún desaparecido, y bien sabemos cómo desgarra eso en el alma…, yo respeto que algunas personas necesiten construirse una historia para poder seguir respirando, pero lo que no soporto es que otros las construyan para ocultar sus asesinatos y se las demos por válidas.

CONSTANCIA: ¡Callese Madre!

JOSEFA: Sí hija sí, claro que me callo, así llevamos años en esta casa, mudos.

CONSTANCIA: Muda usted, ni debajo del agua.

JOSEFA: Muda no, pero sí con la lengua llena de yagas por los mordiscos.

*Se crea un silencio incómodo, sobre todo para la vecina.*

LA VECINA: Puede ser que se hayan vuelto locos, como dice usted doña Josefa, pero no cesan los rumores del fantasma de las cuevas.

JOSEFA: Pero, ¿qué fantasma, ni fantasma? La gente se aburre y no sabe qué inventar para llenar sus tiempos y sus emociones.

CONSTANCIA: ¿Qué es lo que cuentan ahora?

LA VECINA: Pues algunas dicen haber visto u oído algún Ser por sus cuevas, y para colmo, los chiquillos dicen que el hijo de Argimiro se perdió cuando salieron corriendo huyendo del fantasma.

CONSTANCIA: Jesús qué ideas…

LA VECINA: Pues parece ser que como todos los ramales de las cuevas están comunicados, anduvieron medio pueblo por debajo, se metieron incluso por la mina de agua que viene medio seca desde palomero y escucharon pasos, y como ruido de cadenas, y cuando enfocaron con las linternas les pareció ver algo o alguien…

JOSEFA: Cualquier animalucho, vete tú a saber.

LA VECINA: Dicen que tenía forma humana.

CONSTANCIA: No me asustes, que con todas estas fantasías me corren mil hormigas por la sangre cuando tengo que entrar en la cueva nuestra.

JOSEFA: Pero no hagas caso hija, no ves que son historias que se inventan los críos y que alimentan las viejas de este pueblo.

CONSTANCIA: *Se dirige al padre poniéndose enfrente para reclamar su atención* ¿Esta cueva hasta donde llega Padre?

EZEQUIEL: *Al abuelo se le ilumina la mirada, se nota que es un tema en el que le levanta interés.* Esta cueva es inmensa, es infinita, como todas las cuevas de este pueblo se comunican, este pueblo es como un gran queso. En la guerra, con los bombardeos nos refugiábamos en ellas y nos reuníamos unos con otros, no importaba si una bomba tapaba la boca de una de las casas, podíamos salir por cualquier otra.

JOSEFA: El laberinto de los demonios, lo llamaban, no sé cómo esos chicos se aventuran a entrar en él, es fácil perderse, y ahora que muchas bocas quedaron tapadas por los bombardeos, más difícil encontrar en esa oscuridad una boca por donde salir. ¿Os habéis quedado alguna vez a oscuras en las cuevas?

LA VECINA: Yo ni he entrado siquiera, en la de mi casa no se entra para nada, mi padre la tapió por el miedo que la daba a mi madre.

JOSEFA: Es como si se acabara el mundo y te engullera la oscuridad más absoluta, pierdes la orientación y solo escuchas tu respiración acelerada y cada vez más angustiada, es como si…

CONSTANCIA: Calle Madre, que me está erizando hasta el último pelo, y ésta no tiene que entrar, pero yo casi todos los días, ¿además no decía que lo que se cuenta es mentira? Y ahora resulta que sale con esta historia.

JOSEFA: Yo no digo que no sea fácil perderse en las cuevas, pero de ahí a que haya fantasmas...

LA VECINA: Bueno, me voy, que va a decir mi madre que dónde ando, que todavía no he cogido ni el pan.

CONSTANCIA: Espera que salgo contigo, que me voy a acercar en *cá* Nicolás, que necesito hilo.

LA VECINA: Que paséis buen día pareja.

CONSTANCIA: Salgo un momento Madre.

JOSEFA: Adiós Maruja, no te preocupes hija.

*Constancia y la vecina salen, suenan las 12 campanadas y en la radio comienzan a dar el Ángelus.*

**ACTO SEGUNDO**

*Cuando acaba el Ángelus, la abuela retoma conversación con el abuelo, aún a sabiendas que no la comprende, habla con él como si entendiera perfectamente lo que le dice.*

JOSEFA: ¿Ves la que hubiéramos liado si te escucha lo de Emiliano? Ella lo ha enterrado, de la misma forma que esa pobre mujer se consuela con la idea de que a su marido se lo tragó la cueva, son las formas que cada uno tiene de soportar mejor el dolor. El dolor más grande es el de la desaparición, la incertidumbre es como una comadreja que se te metiera dentro y te fuera comiendo despacito, hasta que te deja vacía y ya no queda nada, por eso todos los que tienen un desaparecido en su corazón, lo matan, para no sufrir, para no quedarse vacíos del todo.

EZEQUIEL: Emiliano no está muerto, yo lo sé porque le veo siempre.

JOSEFA: ¡Cállate demonio! ¿Dónde le ves tú? ¿Entre tus pájaros de la cabeza?

EZEQUIEL: Le veo cuando vamos al secano, está allí, entre las plantas de los melones, con su fusil y me dice…

*Se apaga la luz de los abuelos y se ilumina la luz del espacio de la fantasía y aparece Emiliano con su fusil.*

EMILIANO: Hoy hemos matado a 5 fascistas, abuelo…, cada vez quedan menos, son fáciles de matar, ahora están confiados y cuando escuchan el click del gatillo y nos miran, se les pone cara de lechuzas, con los ojos como platos, entonces apretamos el gatillo y caen sobre sus rodillas, sin comprender bien qué les está pasando. Un día un fascista me matará a mí y entonces seré yo la lechuza, seré yo el que caiga de rodillas, pero no sangraré, porque no tengo sangre, me quedé vacío, el ramal de mi sangre acaba en mí y está consumida. Por eso soy valiente y salgo a pecho descubierto, por eso nunca me aciertan las balas, porque no me ven, no existo. Si algún día muero será por casualidad, por una bala perdida. Aurelio murió así, se cruzó sin querer en la trayectoria de una bala que no era para él. Cuando sale una bala de mi fusil sale sin nombre, cuando el fascista es una lechuza muerta, a veces busco su documentación para ver cómo se llamaba antes de ser lechuza, pero luego lo tiro, qué más da cómo se llame si ya es una lechuza.

Me gustan sus melones, abuelo, por eso vengo siempre que quiero y me da la gana, y me como alguno, lo destripo con el machete y le arranco las tajadas a bocados, escupiendo las pipas y dejando que su liquido se derrame por mi pecho. El melón cuanto más le dé el sol en su mata, más fresca es la sensación de su interior, a veces me atraganto de mis ansias y me ahogo, pero no me muero, porque no me da la gana, yo guardo mi muerte para los fascistas…

*Se vuelve a iluminar la zona de los abuelos y desaparece la luz del lugar mágico, por defecto desaparece Emiliano y el abuelo ha vuelto a su sitio previamente y ha desaparecido el velatorio de la abuela.*

JOSEFA: Solo recuerdas en voz alta a los que no deberías recordar, cállate o si no te callas, muérdete la lengua, como hago yo.

*Se escucha la puerta cuando el reloj da una campanada. Constancia regresa.*

CONSTANCIA: Ya compré el hilo.

JOSEFA: ¿Te ayudo a preparar la comida?

CONSTANCIA: No Madre, sabe que es cocido y solo tengo que sacarlo y servirlo. Vaya poniendo la mesa.

*Josefa hace lo que la pide su hija, mientras Constancia va preparando todo en la cocina. Josefa pisa algo mojado.*

JOSEFA: Pero, ¿cómo puede ser? ¡Ay dios mío, qué cruz! ¿Es que no puedes pedirlo?

EZEQUIEL: ¡Cállate, llévame al campo…!

JOSEFA: ¿Al campo?, lo que te voy a sacar es al corral con las gallinas.

CONSTANCIA: ¿Qué ha pasado?

JOSEFA: Qué va a pasar hija…

CONSTANCIA: ¿Otra vez Padre?

EZEQUIEL: Dejarme al lado del escurriembre.

JOSEFA: Ojo la guerra que te damos hija…

CONSTANCIA: ¡Callese Madre!, la culpa es mía, que con todo el lío no le he puesto en toda la mañana a hacer pis. Lo que no sé es de dónde saca tanto líquido para lo poco que bebe. Venga conmigo Padre - *se le lleva a la habitación para cambiarle y mientras tanto, Josefa se afana en poner la mesa y servir la comida.*

EZEQUIEL: Me gustan mucho tus ojos… palomita.

CONSTANCIA: No empecemos Padre.

EZEQUIEL: ¿Cuándo me vas a dar un beso? Cuando no nos vea tu hermano, quieres que le perdamos, seguro corremos más que él.

CONSTANCIA: Si, está usted para carreras.

EZEQUIEL: Tu hermano parece un polluelo y tú la codorniz, él va detrás de ti siempre, para vigilarnos, las codornices llevan más polluelos, tú solo tienes uno. Vigila a tu hermano, que tú eres la codorniz. Dame un beso, que ahora no nos ve – *Hace el ademán de dar el beso a su hija, mientras ésta le está cambiando.*

CONSTANCIA: ¡Estese quieto Padre!

EZEQUIEL: Si me das un beso te doy un bocado en la teta.

CONSTANCIA: Vaya…, esas son las guarrerías que usted le decía a madre.

EZEQUIEL: No seas vergonzosa palomita, si nos vamos a casar y tú serás mi mujer para siempre, irás de blanco como tú quieres…, ¿me quieres? Palomita.

*Se ilumina el espacio de la fantasía y aparece Josefa vestida de novia. El abuelo aparece cuando se lo permite el cambio para aparecer de novio y se incorpora a la escena según expone la abuela.*

*Se ilumina el velatorio con la abuela.*

JOSEFA: Claro que te quiero, y no me llames Palomita, que sabes que no me gusta. Te quiero, claro que te quiero, te quiero ya, así de temprano, pero lo importante es lo mucho que te voy a querer, las mujeres nos damos a vosotros para quereros cada día más y nos morimos siendo más vosotros que nosotras. Los hombres nunca queréis lo suficiente, siempre os queréis más a vosotros y queréis más al principio, cuando no nos podéis tener, que después de poseernos. Yo haré que me quieras después de darte un millón de hijos.

EZEQUIEL: Yo no quiero un millón de hijos, quiero a los hijos necesarios para mi transcendencia y para sacar las tierras adelante.

JOSEFA: ¡Mi transcendencia! ¿Y la mía, qué pasa con la mía?

EZEQUIEL: A ti te la da dios, yo no tengo ningún dios que me la de, mi transcendencia es la continuidad de mi sangre, la continuidad de mi estirpe.

JOSEFA: ¿Tu sangre? Tu sangre se mezclará con la mía y será una sangre nueva que dará paso a otra sangre, y en otras cien generaciones, ni tu sangre, ni la mía existirán.

EZEQUIEL: Yo no quiero más cosas ahora mismo que a ti.

JOSEFA: Tú lo que quieres es que llegue esta noche, y no te preocupes que llegará y me tendrás, seré solo para ti, pero si lo que acabamos de sellar nos ha unido a los ojos de Dios para siempre, lo que sellaremos esta noche en el lecho de amor, será la unión de nuestras carnes, de la que ni un ateo como tú se podrá escapar.

EZEQUIEL: Te he querido desde el momento que te vi, todavía puedo recordarte con la lechera dando giros veloces sin dejar escapar ni una gota, haciendo saltos traviesos a traspiés, como una adolescente.

JOSEFA: Como lo que era, una adolescente, pero le prestaste atención a mis pechos antes que yo cayera en cuenta de su existencia, a mí me enamoró ver cómo me mirabas.

EZEQUIEL: A mí me enamoraron tus rodillas y tu cintura de avispa.

JOSEFA: A mí me enamoró tu fortaleza y tu valentía.

EZEQUIEL: A mí me enamoró tu rostro asustado y tierno.

JOSEFA: A mí me enamoraron tus ojos solitarios y tu coraje.

EZEQUIEL: A mí me enamoraron tus pechos y tus trenzas.

JOSEFA: A mí me enamoraron tus palabras tiernas y tu temperamento salvaje.

EZEQUIEL: Yo soy hombre de una sola vez y de una sola mujer.

JOSEFA: De mí solo puede beber un único hombre y ese hombre todavía no existe, tú tienes la materia prima, dedícate a lo que te corresponde, que yo te puliré hasta que seas el hombre que merecen mis hijos.

EZEQUIEL: Hasta que la muerte nos separe.

*Ezequiel se va mientras continúa Josefa, tiempo suficiente para volver a la escena con Constancia.*

JOSEFA: Igual que a este momento, a la muerte también llegaremos juntos y te llevaré a mi más allá particular, para quitarte las telarañas de los ojos.

*Se apaga la luz y termina la escena, y se ilumina la habitación del abuelo. Constancia ya ha terminado de cambiar al abuelo y sale con él de nuevo al salón. Josefa se reincorporará a la escena acabando de poner la mesa.*

*Los tres se sientan a comer, el reloj da las dos, suena la radio de fondo, se escuchan momentos después las señales horarias y comienzan las noticias y el abuelo sin mediar palabra se levanta a poner el reloj en la hora adecuada.*

JOSEFA: ¿Has oído algo de lo de los chicos y la cueva en casa de Nicolás?

CONSTANCIA: Estaban hablando de ello, pero imagínese los derroteros que lleva ya la historia.

JOSEFA: Esto es lo que tienen los cementerios.

CONSTANCIA: Dicen que dentro hay alguien, unos que, si es el fantasma del *Ahogao*, al que nunca encontraron cuando se lo tragó el laberinto, otros dicen que si es el Rute.

JOSEFA: *Con admiración* ¿El Rute?

CONSTANCIA: Si madre, el Rute.

JOSEFA: ¿Pero es que ha salido de la cárcel esa alma en pena?

CONSTANCIA: Dicen que se escapó hace dos años; y usted Madresiente misericordia por los que no la merecen.

JOSEFA: Qué sabrás tú lo que merece, tú no lo sabes, yo si lo sé, yo le vi comerse los mocos, atestado de miseria, llamando a la puerta de esta casa, como un apestado, porque aquí era el único sitio en el que le dábamos un pedazo de pan…

CONSTANCIA: Ya está usted con las penurias de la guerra, madre.

JOSEFA: No, de la guerra no, de la posguerra que fue peor. ¿Sabes qué fue lo malo que hizo ese bendito? Ser hijo de uno de los perdedores, de un asesino. Sí, de los que sacaban a los frailes y curas del manicomio y se los llevaba a darles el paseo, es cierto, un asesino…, pero el muchacho no tenía culpa alguna, ni la pobre mujer a la que mataron a fuerza de abusar de ella unos y otros, de los que ahora se dan golpes de pecho en la parroquia. Ese fue su sino, para quedarse solo cuando era solo un adolescente, mendigando hasta que aprendió las malas artes, las aprendió solo, se las enseño la vida, más mérito tiene que muchos de esos lameculos de misa diaria.

CONSTANCIA: ¡Calle madre, que las paredes oyen!

JOSEFA: Las paredes no oyen no, y menos éstas que tienen medio metro, ese no es el temor, el temor es que nos oímos nosotros por dentro en nuestro silencio de cobardes.

*Se produce de nuevo un silencio insoportable y sigue las noticias en la radio. Acaban de comer y Constancia recoge la mesa y se marcha a su habitación. La abuela es la única que mantiene sus ojos muy abiertos en un pensamiento perdido, el abuelo comienza a dormitar, la cabeza se le va para atrás.*

*El reloj dará las tres de la tarde, la escena de los abuelos desaparece y se vuelve a crear una escena de fantasía.*

*Constancia se pone frente al espejo en camisón y se dispone a asearse antes de descansar un poco en la siesta. Éste, sin duda, es uno de los únicos ratos de desconexión que se permite.*

*Mientras se mira en el espejo, se descubre la silueta de su cuerpo y siente que el deseo la arde por dentro, tras de ella aparece Emiliano, que ella descubre con naturalidad reflejado en el espejo. Emiliano la aborda por detrás con un deseo que a duras penas puede contener y se produce una escena cargada de erotismo y sensualidad, todo es muy desesperado y violento, hasta que la tira en la cama y la posee. Emiliano desparece al quedar Constancia extasiada tras un orgasmo apasionado.*

*Desde la cama.*

CONSTANCIA: Emiliano…, Emiliano…, llévame contigo, mi amor… llévame contigo, cuando se vaya Padre, no me dejes aquí, no puedes dejarme aquí… Tú solo vienes para ésto, tú no hablas conmigo, solo vienes me posees y te marchas. Habla conmigo, habla conmigo. Si no me llevas me iré yo, yo sé cómo tengo que irme para no acabar en el purgatorio, para estar en la misma senda que vosotros, todo lo que ahora estoy haciendo son los méritos que necesito para que no me castigue Dios, cuando yo quiera irme, Él sabrá entender que yo quiera estar contigo, donde tú estés yo estaré. Emiliano, ahora tengo sentido aquí, pero luego solo estaré donde tú estés. Dios sabrá reconocer todo lo que ahora estoy haciendo y me dejará ir contigo.

*Llaman al portón de la calle, esto despierta a todos. Josefa que es la que está más fresca, se levanta y se dirige a abrir la puerta. El reloj dará cuatro campanadas.*

*Constancia se despierta y se viste para salir.*

FERNANDA: Bendita seas Josefa.

JOSEFA: Que la virgen esté contigo, Fernanda.

FERNANDA: ¿Y la niña?

JOSEFA: Recuperándose de su siesta.

FERNANDA: Déjala, pobre, es su única libertad.

JOSEFA: Bien dejada está. Aquí excepto yo, nadie más la oye, este bendito no interrumpe sus ronquidos y de hacerlo, no sabría ni qué está escuchando.

FERNANDA: Está el pueblo *alborotao* con las cuevas.

JOSEFA: Déjales, pobrecillos, necesitan algo que les alimente las emociones.

FERNANDA: Dicen que alguien hay dentro, han llamado a la comandancia de la guardia civil y van a mandar una patrulla.

JOSEFA: ¿Ya se les quitó la tontería del fantasma? No sabrían a quién llamar para sacar a un fantasma.

FERNANDA: Los chicos, que ya están todos fuera, dicen haber visto a alguien entre las sombras de sus linternas.

JOSEFA: A saber, qué habrán visto los chicos desde sus fantasías.

FERNANDA: Están preparando todas las cuerdas posibles para no perderse en el laberinto.

JOSEFA: Eso ya lo intentaron en otra ocasión, ¿lo recuerdas?, y acabaron más liados cuando se encontraban las cuerdas enredadas en los cruces de las galerías. Esta cueva es el laberinto del demonio, más vale la dejaran estar, el que esté dentro, ya saldrá si tiene que salir.

FERNANDA: Pero mujer a veces eres la más fantasiosa, si de verdad hay alguien ahí dentro deberán sacarlo, estas cuevas comunican todas las casas del pueblo, incluida la tuya.

JOSEFA: ¿Quién va a querer entrar en las casas de los viejos?, que es lo único que quedamos en todas las bocas de estas cuevas, viejos.

FERNANDA: Tu hija no es vieja.

JOSEFA: La más vieja, para mi pesar.

FERNANDA: Pues sus gemidos de todas las tardes bien demuestran otra cosa.

JOSEFA: Pues entonces le dejaremos entrar, ojalá fuera alguien con deseos de apagar sus fuegos, entonces aparecería la joven.

*Entra Constancia.*

CONSTANCIA: ¿Qué cuchicheáis las dos…?

FERNANDA: ¿Qué vamos a cuchichear hija?, cosas de viejas.

CONSTANCIA: ¿Qué buenas nuevas nos trae?

FERNANDA: No están las cosas para buenas, ya sabes cómo anda el pueblo.

CONSTANCIA: ¿Saben algo más?

FERNANDA: Viene la Benemérita para entrar en las cuevas, dicen que alguien está dentro.

CONSTANCIA: Se me ponen los pelos de punta, yo tengo el portón de entrada con un buen tranco, pero aun así no estoy tranquila.

JOSEFA: No os hagáis ilusiones que vayamos a disfrutar de la aventura de tener a un desconocido en esta casa… ¿Cuánto tiempo lleváis sin ver un rostro desconocido? Pensarlo bien. ¿Cuánto tiempo?

FERNANDA: Yo ya ni recuerdo.

JOSEFA: Hace más de cinco años que me encontré a aquel hombre que preguntaba por los Cozines. Ya ves, y resultó ser su hijo, que venía a visitarlos desde hace más de una década que se fuera para Suiza. Pues no os hagáis la ilusión de que vaya a entrar un desconocido por la puerta de la cueva.

FERNANDA: No tiene por qué ser un desconocido, dicen que si sea el Rute.

JOSEFA: Ea, pues si es el Rute estará también muy desconocido.

FERNANDA: La Rafaela, la seis dedos, dice que ella ha escuchado golpes en la puerta de su cueva.

JOSEFA: Fíate tú de esa vocinglera.

FERNANDA: Pues eso digo yo.

CONSTANCIA: Siéntese aquí Fernanda.

*Constancia todos los días peina a Fernanda a la misma hora y con la misma rutina.*

FERNANDA: *Mientras la peina y sujeta las horquillas y lo necesario que le va dando a Constancia –* ¿Te han dado mucha guerra hoy estos dos, hija?

CONSTANCIA: La de todos los días.

FERNANDA: Te tienes ganado el cielo con ellos.

CONSTANCIA: Es mi quehacer de todos los días, nada más.

FERNANDA: Otras abandonan sus quehaceres y dejan que les coman las miserias a sus viejos, tú los mantienes limpios y aseados.

JOSEFA: Bien lo sabe Dios, hija, y si no lo sabe, yo se lo contaré cuando llegue a sus puertas.

CONSTANCIA: Igual llego yo antes que usted, Madre.

FERNANDA: Ojo lo que os gustan las muertes en esta casa, esto os pasa por no salir, fuera de estas paredes luce el sol y la gente tiene colores vivos en sus rostros.

JOSEFA: Sí, los que se dan con los polvos y las cremas.

FERNANDA: ¿Por qué tienes tanto asco a la gente de este pueblo? ¿No es tu pueblo?

JOSEFA: ¿Mi pueblo? Este es el lugar donde se paró mi padre en el viaje de su desesperación, y decidió echar raíces. Yo no soy de ningún pueblo, ni tengo pedigrí alguno en mis venas, no sé de dónde vengo, ni conocí a mi madre…, pero sé dónde voy y conozco bien a mi hija…. Y no les tengo asco, solo les compadezco de tanta cobardía y servilismo.

FERNANDA: Hacen lo que pueden, los tiempos son difíciles y todos hacemos lo que podemos.

JOSEFA: Que es muy poco.

FERNANDA: Muy poco es lo que hacemos todos.

JOSEFA: Algunos más que otros.

FERNANDA: ¿Será posible Josefa? ¿Qué estás haciendo tú?

JOSEFA: Pues de momento no bailarles la perdiz al son que ellos tocan, y enclaustrarme aquí, entre estas cuatro paredes, con los muertos como tú dices, para no mezclarme.

FERNANDA: Claro, con buenas cosechas bien se vive.

JOSEFA: Con las que este hombre con los suyos se ha sacado de sus lomos, sin tener nada que agradecer a nadie y sin tener que lamerle el culo a nadie.

CONSTANCIA: ¿Os queréis callar de una vez? ¿Es que siempre tenéis que acabar discutiendo?

EZEQUIEL: Están llamando a la puerta de la cueva.

CONSTANCIA: Por Dios, Padre, cállese. Solo eso me faltaba para no abrir esa puerta nunca más.

JOSEFA: Parece que no se entera, pero bien que escucha todo.

*Suena en el fondo de escenario como aporrean una puerta.*

CONSTANCIA: ¡Cielo santo! ¿Habéis escuchado? – *Todas se quedan petrificadas.*

EZEQUIEL: No abráis y quedaros en silencio, no deben saber que estamos aquí.

JOSEFA: ¿Quiénes?

CONSTANCIA: ¡Calle Madre!

EZEQUIEL: ¿Quiénes van a ser, los que nos buscan?

*Los golpes cesan y comienzan a oírse voces en la calle. Constancia y Fernanda se asoman.*

CONSTANCIA: Son los guardias civiles con el alcalde y medio pueblo.

FERNANDA: Sal a decirles lo que acabamos de escuchar.

JOSEFA: Ni se te ocurra hija, no sabemos quién dio los golpes, pero sabemos que estos de ahí fuera no son buena gente, eso sí lo tenemos seguro, cualquier cosa que encontraran la utilizarían contra nosotros.

FERNANDA: Se te apagó la valentía de pronto.

CONSTANCIA: Se dirigen hacia la zona de palomero, querrán entrar por aquella boca.

JOSEFA: Ya habrán entrado los hurones por alguna de las bocas, a saber, quién se esconde de estos malditos. - *El reloj dará las 5 de la tarde –* No es cobardía Fernanda, ni yo, ni éste tenemos ya nada que perder.

*Las voces y el gentío se van alejando y suenan golpes de nuevo, pero esta vez será en la puerta de la calle. Todas se sobresaltan de nuevo.*

JOSEFA: Abre, es la puerta de la calle.

CONSTANCIA: ¿Quién será? – *Muy asustada.*

FERNANDA: Tranquila hija yo abriré…. Hola hija, ¿dónde vas con esa cara?

*Entra precipitadamente la vecina.*

LA VECINA: ¡Ay Constancia!, que dicen que son maquis.

CONSTANCIA: ¿Cómo maquis?

LA VECINA: Sí de los milicianos que se escondieron en la guerra.

JOSEFA: Pero mujer, estás loca. Maquis después de 20 años.

LA VECINA: Bueno, dicen que es uno que venían persiguiendo desde hace tiempo que andaba escondido por la sierra.

FERNANDA: ¿Y cómo ha venido a parar hasta aquí?

LA VECINA: Pues porque dicen que venía huyendo, y que, si ha venido hasta aquí, será porque es de aquí.

CONSTANCIA: ¿De aquí? ¡Oh dios mío!

JOSEFA: No puede ser. De los de aquí todos murieron, de ser verdad será El Rute como decían, los que de aquí fueron a la guerra, de todos supimos su muerte con certeza.

CONSTANCIA: De todos no Madre, de todos no, y usted bien lo sabe.

JOSEFA: De todos, hija, de todos.

CONSTANCIA: Madre y si…

JOSEFA: ¿Te quieres callar? Y tú Maruja hija, ándate a ver si te enteras de algo más y enseguida que sepas vienes a decirnos.

LA VECINA: Si, voy a ver de qué me entero, aunque no dejan subir por el camino de Palomero, lo tienen cortado, está todo lleno de guardias, están incluso a caballo.

JOSEFA: Sí, para eso si tienen recursos, debe ser importante lo que buscan. Venga, ves a ver.

*Sale la vecina.*

CONSTANCIA: Madre, Madrey si fuera…

JOSEFA: Pero, ¡te quieres callar, insensata! ¿Es que quieres buscarte la ruina?

FERNANDA: Pero hija, te dijo el Coso cómo vio cuando se lo llevaban…, y ninguno de los que sacaron esa noche volvió.

CONSTANCIA: Sí, pero nadie confirmó su desaparición.

JOSEFA: Como no está confirmada la desaparición de cientos de ellos. Están las cunetas llenas de muertos desconocidos.

CONSTANCIA: *Desesperada -* ¡Madre!

JOSEFA: Hija no quiero que te hagas más daño, él ya no va a volver.

FERNANDA: *Consolándola –* Sí, hija, no puedes sufrir más con todo esto.

CONSTANCIA: Dejarme por un rato un halo de esperanza, un único suspiro de esperanza, solo necesito un rato, solo un rato.

EZEQUIEL: No está muerto, yo lo sé.

JOSEFA: ¿Tú que vas a saber?

CONSTANCIA: ¿Verdad que no Padre?

EZEQUIEL: Él no está muerto, porque yo le veo todos los días.

JOSEFA: Pero, ¡te quieres callar, insensato!

CONSTANCIA: Déjele madre, por favor, déjele.

EZEQUIEL: Le veo todos los días cuando viene a verte, como veo a Nicolás y a Ascensión.

CONSTANCIA: ¿Los ve verdad Padre?

EZEQUIEL: Ha estado llamando a la puerta de la cueva hace un rato, si vas a abrirle le verás.

CONSTANCIA: ¡La puerta de la cueva! – *Se les llenan los ojos de emoción y se va corriendo a abrirla, desaparece por la trasera del escenario.*

JOSEFA: ¡No hija, no abras! – *La abuela intenta impedirlo*

FERNANDA: ¡No hija, no entres ahí, estarán los guardias y los hombres y pueden confundirte!

JOSEFA: ¿Ves lo que has hecho, hombre loco?

EZEQUIEL: Ya verás qué joven está, no han pasado los años por él.

*Se vuelve a apagar toda la escena y se ilumina la fantasía, y de la trasera del escenario, del mismo centro aparece Constancia invitando a entrar a Emiliano, solo se verá a ellos dos.*

CONSTANCIA: Pasa Emiliano, corre que te persiguen, corre. – *Ella estará de espaldas, a contraluz y él entrará de cara también a contraluz. –* Pasa mi amor y cierra, nosotros te protegeremos.

EMILIANO: No puedo entrar, Constancia, soy lechuza.

CONSTANCIA: Si mi amor, ésta es tu casa y aquí te protegeremos, ven amor…

EMILIANO: Hemos sido como los lobos en la montaña, sigilosos y al acecho, cuando menos se lo esperaban caíamos sobre sus gaznates. Entrábamos en sus pueblos mientras dormían y les robábamos la comida y ellos hacían redadas por toda la serranía, pero nosotros les cogíamos delantera y en algunas cuevas preferían ni entrar, porque sentían el terror de los fantasmas. En las cuevas somos murciélagos, podemos movernos sin ser vistos y chuparles la sangre. Somos más listos que ellos y más ágiles, no tenemos barriga. Pero no puedo entrar, porque en las casas nos descomponemos, solo podemos sobrevivir en los montes y las cuevas. Por eso no puedo quedarme, me gustaría quedarme para siempre contigo, pero me desharía en tu primer abrazo, por eso no quiero que me abraces, me gustaría poder abrazarte, pero si te abrazara, me convertiría en un montón de polvo y tendrías que recogerme y enterrarme o esparcirme por el melonar del abuelo.

Tienes que cerrar la puerta y dejarme ir, cuando ellos ya no estén, te prometo volver, cuando ellos no estén, ya podemos entrar en las casas, sin peligro de descomponernos.

CONSTANCIA: No te vayas mi amor.

*Aparece en la escena de fantasía el abuelo.*

EZEQUIEL: Tienes que dejarle ir mi niña.

EMILIANO: Me voy, pero acuérdate, cuando ellos no estén volveré.

EZEQUIEL: Ya no pases por el melonar, que te buscan, y yo ya no te esperaré.

CONSTANCIA: Emiliano, mi amor.

EZEQUIEL: No llores mi niña, no llores, algún día volverá.

*La escena vuelve a la normalidad, siguen en escena, los abuelos, Constancia y Fernanda.*

CONSTANCIA: Dice que le espere, que él volverá.

EZEQUIEL: Cuando ellos se hayan ido.

JOSEFA: ¿Quiénes son ellos?

EZEQUIEL: Ellos son los demonios del laberinto, ¿quiénes van a ser?

JOSEFA: ¡Fantasías!

CONSTANCIA: No madre, fantasías pueden ser las apariciones de Nicolás o de Ascensión, que los vi muertos con mis propios ojos, lo de Emiliano es esperanza, porque nunca le he visto muerto y no solo se me aparece, puedo sentirle. Yo no le quiero matar, pero usted mata a todo el mundo, con su capacidad de pronosticar las muertes y con el empeño de poner fechas a los desparecidos.

JOSEFA: No se puede vivir con los desparecidos en el corazón, no está preparado, el corazón solo soporta a los muertos y a los vivos.

CONSTANCIA: Pues en mi corazón está Emiliano siempre, no sé si muerto o vivo, él está siempre, ahí, él me arrastra a la muerte en su busca, pero, ¿y si no está en la muerte, Madre?, ¿y si está en la vida?

FERNANDA: Está en la vida hija porque está contigo, cuando tú no estés, él dejará de estar, si tú te vas, él se va contigo. No te comprendemos porque no sabemos amar como tú, eso es lo que nos pasa…

JOSEFA: Lo que nos pasa…

FERNANDA: Cállate Josefa por una vez, déjala vivir su amor como quiera vivirlo, la quieres dejar viva, pero la matas con tus frases que sentencian y no dejan lugar a la duda. No eres capaz de comprender que lo que la puede mantener viva es la esperanza.

JOSEFA: La esperanza mata despacio y cruelmente.

FERNANDA: ¿Qué sabrás tú de esperanzas si no lo has sentido nunca? Mira Josefa, has sido sin duda una de las personas con más talante para soportar el sufrimiento y mantener siempre el tipo, eso nadie te lo puede negar, pero, ¿cuánto no tiene eso de fachada?, porque el odio se te escapa por las rendijas de tu espíritu y por los orificios de tu cuerpo.

JOSEFA: ¿Vas a dudar que quiero lo mejor para ella? Mil veces me hubiera cambiado por ella si mi vida hubiera valido la pena, un fusil hubiera cargado contra los que se llevaron al inocente de su marido a una guerra que no comprendía, me hubiera cambiado por él para salvarla a ella, pera tampoco podía ser porque las guerras son para los hombres, malditos hombres y sus guerras. ¿Tú qué sabes de lo que yo lloro? ¿Qué sabéis ninguno de todo lo que tengo guardado aquí? No es fachada, no, no tiene que ver con fachadas, es que, si todos nos entregamos al llanto, ¿quién se queda con el coraje para seguir respirando? ¿es que dudas que hubiera dejado de respirar con la muerte de mis gemelos, y luego con la de Nicolás y después Ascensión, y el bendito de Emiliano que era como otro hijo para mí?, ¿es que dudáis que hubiera dejado de respirar en cada uno de esos momentos? Pero siempre había otro hijo por el que seguir respirando, siempre quedaba alguno, y todavía quedas tú, con tu empeño de irte cuando nosotros nos vayamos. ¿Te has parado a pensar que nos tienes aquí atrapados? ¡Déjanos ir, déjanos ir!

CONSTANCIA: ¡Madre!

JOSEFA: Si lo que te da vida es la esperanza, dichosa sea esa esperanza, yo también siento más vivo a Emiliano que muerto, pero no quiero ni mentarlo porque siento como si te destrozara por dentro, por eso lo enterré con los demás, para que pudiéramos seguir viviendo. Cuánto te envidio cuando te veo convivir con todos ellos.

*El reloj da las 6 de la tarde. De nuevo llaman a la puerta de la calle. Fernanda sale a abrir y de nuevo entra la vecina.*

LA VECINA: ¡Ya lo han cogido!

CONSTANCIA: ¡Cielo Santo! ¿Quién era?

LA VECINA: Un maqui de esos. Le he visto como le bajaban y le metían en el camión.

CONSTANCIA: ¿Cómo era?

LA VECINA: No le he visto bien, tenía el pelo y las barbas muy largas y era de mediana altura.

CONSTANCIA: ¿De qué color eran sus ojos? ¿Cómo era su nariz?

LA VECINA: No lo sé Constancia, no he alcanzado a verlo, no me dejaban acercarme.

CONSTANCIA: ¡Madre! ¿Usted cree que…?

JOSEFA: Puede ser hija, puede ser.

*Suena de nuevo la puerta, sale de nuevo a abrir Fernanda.*

FERNANDA: Buenas, Demetria.

DEMETRIA: ¿Está la Josefa y La Constancia?

FERNANDA: Si, espera. - *Entra a darles la noticia de quién es -* ¡Es la Demetria, la del farmacéutico!

JOSEFA: ¿Qué quiere esa en mi casa?

DEMETRIA: *Desde fuera –* Vengo en son de paz, Josefa, déjame entrar que te hará bien lo que tienes que oírme.

JOSEFA: Entra, pero no más de la puerta, no quiero que ensucies mi suelo.

DEMETRIA: *Entrando-* Déjate de tantos odios, mujer, que todos tenemos motivos para odiar.

JOSEFA: No, los que ganasteis no necesitabais odiar, no se gana para odiar…

DEMETRIA: ¿Es que alguien ganó con todo esto? No me sentencies por mi marido, que yo no soy él, como para tu desgracia tú no eres el tuyo, mejor sangre se gasta él que tú. Pero no he venido a discutirte. He venido Constancia, hija, a decirte que el que han encontrado es tu hombre.

CONSTANCIA: ¡Oh dios mío!

DEMETRIA: Es Emiliano, lo he reconocido como no podía ser de otra manera.

CONSTANCIA: ¿Está usted segura?

DEMETRIA: Como que le saqué de pila.

JOSEFA: ¡Cielo santo…! ¿Y qué vais a hacer ahora con él?

DEMETRIA: Por eso estoy aquí, nadie más le ha reconocido, solo lo sabemos mi marido y yo.

JOSEFA: Pues con saberlo tu marido, ya tenemos bastante.

DEMETRIA: A esa fiera la tengo yo de momento amansada, lo que me preocupa es cuando lo descubran otras fieras.

CONSTANCIA: ¡Madre, está vivo!, ¿ve usted? ¿Dónde se lo han llevado?

DEMETRIA: De momento a los calabozos de la Comandancia Provincial.

CONSTANCIA: ¡Quiero ir a verle!

DEMETRIA: No, precisamente por eso estoy aquí, no hagáis nada, de momento nadie sabe que es él, eso juega a nuestro favor, aunque no tardaran en sacárselo de una forma o de otra.

JOSEFA: ¿Qué te impulsa a ti a tanta bondad?

DEMETRIA: Lo primero que soy tan mujer de bien como lo podáis ser vosotras, y, además, ¿vas a olvidar que su madre sirvió en mi casa y se la quiso como lo que era, una gran mujer, y de igual manera se quiso a su hijo? Estamos en deuda con él, así lo siente mi marido y está dispuesto a usar todas sus influencias para intentar ayudarle, al menos que le conmuten la pena de muerte, que estos serían capaces de aplicarle, por cárcel. Todo va a depender de lo que le saquen, no creo que él haya hecho mucho, conociéndole, pero alguno de los que estaban con él, eran de otra calaña.

CONSTANCIA: Gracias Demetria, gracias, señora…

DEMETRIA: No tienes por qué darlas hija, yo también sé lo que es perder un hijo, en esta guerra nos han arrancado pedazos a todos, por mucho que se crea tu madre. Quedaros quietas aquí y confiar en mí. Y tú, Maruja, no has oído nada. Si me entero que algo de lo que has oído aquí sale de tu boca, hago que te arranquen los pellejos que quiero evitar que le arranquen a él. ¿Entendido?

LA VECINA: Si, señora Demetria, soy una tumba.

DEMETRIA: Bien pues, quedar todos con Dios, y en breve tendréis noticias.

*Sale de la casa apresurada.*

EZEQUIEL: Emiliano está vivo, yo lo sé porque le veo todos los días.

CONSTANCIA: ¡Sí Padre sí, está vivo, claro que sí!

JOSEFA: ¡Cielo santo!, - *mirando al cielo -* ¡bendita seas!

FERNANDA: Hija mía, aquí tienes tu recompensa, aquí la tienes.

CONSTANCIA: ¿Y ahora qué pasará, Madre?

JOSEFA: Ahora es cuando tiene todo el sentido la Esperanza, ahora.

LA VECINA: Me tengo que ir, Constancia, no sabes cuánto me alegro, no salgo de mi asombro.

CONSTANCIA: Ya has escuchado a la señora Demetria, pero no sería nada para lo que te haría yo.

LA VECINA: Bien sabes que yo no te haría eso.

JOSEFA: Claro que lo sabemos hija, dejarla tranquila, ahora son otros los que nos tienen que preocupar. Adiós hija, y tú, Fernanda, ¿por qué no la acompañas?, hoy ha sido un día muy alterado y necesitamos descansar.

FERNANDA: Llevas razón, espera hija que marcho contigo.

JOSEFA: ¡Espera Fernanda! – *aprovechando que la hija ha salido a acompañar a Maruja. –* Tú estás más fuerte que nosotros y te queda vida por delante, nosotros ya no duraremos mucho, sé que no tengo que pedirlo porque sé de tu buena alma, pero cuando no estemos, cuida mientras puedas mucho de Constancia, ahora ella lo va a necesitar más que nunca.

FERNANDA: Pero venga mujer, ni que te fueras a ir esta noche.

JOSEFA: Ahora ya sí que nada me retiene aquí, pero tú no me hagas caso, ya sabes de mis cosas de vieja, solo atiende a lo que te he dicho.

FERNANDA: Cuenta con ello, Josefa, sabes que es para mí como la hija que nunca he tenido. Hasta siempre Josefa, siempre te llevaré en mi corazón.

JOSEFA: Lo sé Fernanda, lo sé, ve con Dios.

*Constancia entra sin saber bien qué hacer con tantas emociones.*

CONSTANCIA: Madre, ¿qué va a pasar ahora?

JOSEFA: Ahora pasará lo que tenga que pasar, dedícate a disfrutar de cada momento, y éste es el momento para disfrutar de saberlo vivo. Llévanos a la cama, a mi primero hija, que estoy muy cansada.

CONSTANCIA: Claro que sí madre, que el día ha sido duro.

JOSEFA: Déjame besar a tu Padre. – *A su marido -* Descansa mi amor, descansa, enseguida nos vemos.

EZEQUIEL: Dame un beso palomita.

JOSEFA: No me importa cómo me llames siempre que me reconozcas. Siempre juntos mi amor, siempre juntos.

*Acompaña a su madre hasta la habitación dejando al abuelo solo en el salón y le acuesta.*

JOSEFA: Mi reloj está a punto de dar las ultimas campanadas..., si mañana no escuchas su tic tac, no pierdas el tiempo ni en llantos ni en lutos, ahora tienes una razón de ser y de existir, ya somos un estorbo.

CONSTANCIA: Déjese de tonterías Madre.

JOSEFA: Eso sí, tienes que ser muy fuerte, hija, vienen tiempos duros, pero confía en Demetria, ella te ayudará, esa mujer me ha dado la última lección de mi vida y me ayuda a irme más en paz conmigo misma y con los demás. Guárdanos en el corazón como merecemos, pero entrégate a la vida, tu marido está vivo. ¡Ah!, y despójate de los odios, a mí me han hecho mucho daño.

CONSTANCIA: Pero Madre, déjese de despedidas, hoy es día de alegrías.

JOSEFA: Te quiero mucho, hija mía, más que a mi vida.

CONSTANCIA: Venga Madre a descansar.

JOSEFA: *Le tapa bien y cuando se dispone a salir le dice: –* Cierra los ojos de tu padre cuando salgas.

*En ese momento suenan las siete de la tarde en el reloj. Constancia se apresura al salón y encuentra al padre ya sin vida sobre su sillón. En ese momento según se dirige al salón, aparecerá de nuevo el velatorio y la escena recuperará el tiempo en el que comenzó la obra.*

CONSTANCIA: *Muy confundida. –* Doce horas, tan solo doce horas. Bien sabias, Madre, estaba escrito, solo tuviste que leerlo. – *Se queda profundamente pensativa. –* Qué vacío de sensaciones, qué confusión. ¿Cómo debería estar? ¿Qué debería sentir?... Es sin duda lo mejor para los dos, lo mejor para mí, para todos, es lo mejor. Es vuestro amor particular, el que no se expresa con palabras, ni con gestos, el que siempre ha engañado en las formas, el que parecía no existir y afloraba en el momento más inesperado, este mismo que transciende más allá de lo explicable. Es el ***siempre juntos,*** para que ni la muerte os separe.

Un día, solo un día se necesita para que el mundo se dé la vuelta. ¿Ahora qué…, ahora por dónde empezar…? Lo primero es que ellos descansen juntos para siempre y luego, luego Emiliano, mi Emiliano, también para siempre, para que ninguna guerra nos separe, para que nada, como a mis padres, nada nos separe, ni la muerte. Si le condenan a morir me condenaré con él, no dejaré ni estas doce horas de rigor, a la par, al instante, juntos, siempre juntos, por encima de acuerdos, de vicarías, de permisos, por encima de todo, por encima de lo natural…, por encima de Dios.

*Se producirá un oscuro intencionado para provocar el final de la función, pero existirá una posdata con el tiempo justo para hacer un cambio de decorado.*

*Dos tumbas, un cementerio, Constancia limpian las tumbas.*

CONSTANCIA: Si dicen que *dizan*, Madre, yo a lo mío, he aprendido a vivir mi vida, ya no me habla ni Candelaria la de la tienda, pero a mí que me importa, para lo que nos decíamos... ahora lo justo, dame el pan, o dame esto, o dame lo otro y ¿qué te debo?, pues tanto, y se acabó. Aquí lo que pasa es eso, que se habla demasiado, yo para hablar ya os tengo a vosotros, y a Emiliano, cuando puedo verle, que no son muchas veces, cuando no también, solo que ahora echo de menos sus apariciones, ahora sí hablo sola, Madre, hablo imaginándome que está a mi lado, porque ya no se me aparece, como está vivo, solo se aparecen los muertos, los que tenemos muertos en nuestro corazón. A veces me pregunto si me oirán algunas vecinas desde la calle, porque no te creas que me preocupo de cerrar las ventanas, si dicen que *dizan*, como digo yo. Ahora los únicos amigos que tengo en este pueblo son la Demetria y su marido, están haciendo mucho por Emiliano y tienen un corazón muy grande, por encima o debajo de sus ideas…, a veces pienso que buenas amigas hubieran sido ustedes dos, Madre, si hubieran vivido en otros tiempos…. ¡Malditos tiempos de muerte y odio!

*Se queda presa de un pensamiento y aparece Genaro, el sepulturero.*

SEPULTURERO: Buenas tardes Constancia.

CONSTANCIA: *Como despertando de su sueño.* - Hola Genaro, perdona, me había quedado traspuesta.

SEPULTURERO: Que nos tenemos que ir, que ya es la hora... Un día me voy a despistar y te vas a quedar aquí.

CONSTANCIA: Un día, aunque no te despistes me quedaré aquí.

SEPULTURERO: A lo mejor ese día yo ya estoy dentro para siempre.

*Echan a caminar por el pasillo de butacas como abandonando el cementerio.*

CONSTANCIA: Yo ya no puedo marcharme, espero a Emiliano.

SEPULTURERO: Tú has renacido, pero a mí…, a mí ya no me queda tanto.

CONSTANCIA: ¿Echas de menos a Obdulia?

SEPULTURERO: Mucho.

CONSTANCIA: ¿Y hablas con ella?

SEPULTURERO: Ca, mujer, nosotros por desgracia no somos como vosotras, no nos salen esas cosas. A veces te veo en la conversación con tus padres y me das envidia. Pero yo no puedo hablar, porque como no creo en *ná*, me parece que le hablo a una piedra.

CONSTANCIA: Háblala, ella te oye.

SEPULTURERO: ¿De verdad tú crees que nos oyen?

CONSTANCIA: Yo si no hablara con ellos me volvería loca, es con los únicos que se puede hablar, con el resto, ¿de qué hablar?, ¿de su mundo de vivos, para que nos corroa la envidia?, que si una su hija ya está trabajando, que si la otra su hijo se casa...

SEPULTURERO: Eso es lo que nos ha faltado a nosotros, Constancia, unos hijos, así la soledad es muy grande y muy peligrosa...

CONSTANCIA: Genaro, no desesperes, yo sé bien de lo que hablas, no te voy a dar consuelos de vivos, estas con tus muertos, aunque veas el amanecer todos los días, debes acostumbrarte a convivir con ellos, paseas entre ellos como si ellos no existieran, te rodeas de ellos para ignorarlos, de la misma forma que los vivos ya te ignoran a ti. La vida está sobrevalorada por aquellos que se les puso a favor, para los que no, solo nos queda la esperanza de que sea un paseo a otra vida mejor.

SEPULTURERO: Ca, Constancia, mujer, lo vivido, de una forma o de otra, vivido está.

CONSTANCIA: Y lo que no se pudo vivir, ¿dónde está? ¿Dónde se esconden los momentos robados, los que nos arrancaron, dónde se guardan esos pedazos de vida que no alcanzamos a vivir?, ¿dónde están…?

 Telón